

Epitafio árabe en la Colección Monsalud

Arabic inscription in the Monsalud collection

Carmen Barceló (carme.barcelo@uv.es)
Universitat de València

Resumen: Este artículo repasa la vida y obra del marqués de Monsalud y su colección de epigrafía romana y objetos arqueológicos. Analiza las inscripciones árabes de la colección y estudia un ara romana de mármol hallada en Mérida (Extremadura) y usada en el siglo XII para grabar el epitafio de una mujer musulmana con una elegía dedicada a su muerte. Tiene ocho líneas de escritura árabe en relieve y el epitafio se conserva completo. El ara forma parte del lapidario árabe del MAN (N.º Inv. 65007).

Palabras clave: Epigrafía. Edad Media. Al-Andalus. Imperio almohade. Inscripción (578/1182).

Abstract: This article reviews the life and work of the Marqués de Monsalud and his collection of Roman Epigraphic and Archaeological objects and analyzes the Arab inscriptions in the collection. It studies in detail a Roman marble altar found in Mérida (Extremadura, Spain) which was part of the Monsalud collection. In the 12th century the stone was reused to engrave on it the epitaph of a Muslim woman with an elegy dedicated to her death. The text of the epitaph is preserved complete and consists of eight lines of Arabic script in relief. The ara is part of the Arabic lapidary of the MAN (No. Inv. 65007).

Keywords: Epigraphy. Middle Ages. Al-Andalus. Almohad Empire. Tombstone (578/1182).

1. El marqués de Monsalud

Cuanto se interesan por el pasado extremeño, en especial por la epigrafía del Imperio romano en la Lusitana y la Bética, mencionan la «colección» del marqués de Monsalud y la relacionan casi en exclusiva con inscripciones en latín de su propiedad, de cuyos epígrafes –junto a otras que conoció– dio cuenta en revistas de la época publicando unos tres centenares.

Pero tuvo otros intereses, y los especialistas reconocen sus informes sobre obras de arte y arquitectura. Se han dedicado varios trabajos a la vida, obra y colección de objetos artísticos y arqueológicos de Mariano Carlos Solano y Gálvez (1860-1910), marqués de Monsalud. Tomás Marín le dedicó un denso artículo, muy citado (Marín, 1951), que publicó –según él mismo confiesa– con objeto de compensar las duras críticas que él había vertido en su libro sobre los estudios de epigrafía latina publicados por el Marqués entre

1897 y 1908 (Mallon, y Marín, 1951). Lo recogido en ese estudio sobre la persona y trabajos de Monsalud ha ayudado a los estudiosos posteriores interesados por el perfil biográfico, la trayectoria intelectual y los méritos de aquel ilustre coleccionista. Lo seguiremos también en el presente apartado.

Quinto miembro en ostentar el título de marqués, de joven se educó con los jesuitas en la universidad de Lovaina (Bélgica) y se licenció allí en Ciencias, aunque una reciente biografía le hace doctor en Filosofía y Letras por la misma institución académica (García, 1997). Ya en España, sus intereses se centraron en la arqueología, la epigrafía latina y el arte. Su amistad con el jesuita Fidel Fita y Colomer (1835-1918) contribuyó a que en 1898 la Real Academia de la Historia [RAH] le nombrara académico de número. En la Academia formó parte de la Comisión de Antigüedades (Madrid), actuando como vocal desde 1902 hasta la fecha de su muerte, y de la Comisión Provincial de Monumentos (Badajoz), en cuyas actas consta su nombre en el legajo de 1868-1911 (Navarrete, 2009: 55, n.º 23).

Por su condición de miembro de la nobleza y clase palaciega de la Corona de España, gozó de otros títulos y perteneció a reales órdenes y agrupaciones (Callejo, 1970: 423). El Marqués también participó de forma activa en la vida política de principios del siglo xx. Jefe del partido regionalista extremeño en Almendralejo (Badajoz), hizo campaña electoral para ser elegido diputado en Cortes pero al final retiró su candidatura.

Atraído por la arqueología y la epigrafía, pudo reunir una colección de objetos de la prehistoria, romanos y visigodos adquiridos en el mercado de antigüedades y en excavaciones en Extremadura. Visitó sus localidades en repetidas ocasiones para buscar piezas arqueológicas o tras la compra de alguna obra. A su costa excavó en Alange, Almendralejo, Feria, Malpartida de la Serena, Medina de las Torres, Mérida, Nogales, Salvatierra de los Barros, Torremegía y Villafranca de los Barros; nombres que cita en los trabajos que publicó.

Por sus estudios de inscripciones romanas de la Lusitana fue reconocido en Portugal con la Gran Cruz de la *Ordem de Cristo* y la Gran Cruz de la *Ordem de Nossa Senhora da Conceição de Vila Viçosa*. Su amistad con el epigrafista, arqueólogo e historiador germano Emil Hübner (1834-1901) pudo contribuir a que el *Kaiserlich-Deutschen Archäologischen Institut*, antecedente del *Deutsche Archäologische Institut*, le nombrara correspondiente.

1.1. Coleccionismo

El palacio del marquesado de Monsalud en Almendralejo es un edificio del siglo xvii que a finales del xix estaba provisto de lo necesario para ser usado como vivienda. La mansión, donde residía Solano con su madre, fue el lugar elegido para acomodar en sus dependencias lo que iba adquiriendo. Además de exponerlo en patios y jardines, dispuso algunas piezas arriadas a los muros, dejando otras apiladas o amontonadas por las habitaciones.

Esta residencia del Marqués conservaba escudos, porcelanas, relojes, esculturas, retratos de miembros del linaje, muebles nobles y obras pictóricas de valor que pertenecían a la hacienda familiar, además de objetos arqueológicos, monedas y cerámicas acopiados por su afán coleccionista. Para éstos albergaba la intención de organizar un museo e hizo construir junto al palacio una nave aneja, sin llegar a verlo concluido según se deduce del testamento de su madre, fallecida en 1911.

Afirma Marín que a través de la bibliografía de Monsalud se puede intuir o constatar que además de epígrafes de la etapa romana guardaba en su palacio alhajas de Alange (brazaletes, conos, sortijas); doscientas hachas prehistóricas de ofita, halladas en la vega del arroyo Harnina (Almendralejo); y tenía cuchillos y flechas de pedernal, punzones de hueso, rodajas de barro y piedra, molinos, hachas y martillos encontrados o adquiridos en las parajes extremeños de Fería, Nogales y La Parra (Marín, *op. cit.*: 367).

Con la muerte de sus amos, la mansión extremeña sufrió un lento y agónico abandono que le hizo sufrir el heredero, un sobrino de la Marquesa que vendió o regaló parte de lo allí almacenado; sus posesiones de Extremadura quedaron en manos de un gerente; se segmentaron las colecciones arqueológica y epigráfica; otras piezas se perdieron o se consideran ahora en paradero desconocido, sin que se tenga constancia de cuándo, cómo ni quién las adquirió (Mallon, y Marín, 1951: XIII-XV).

En 1929 compró el palacio y todo su contenido el abogado pacense Mariano Larios Rodríguez, diputado en Cortes por el distrito de Mérida desde 1923. Esto sobresaltó al alcalde de Almendralejo: pidió al Gobernador que actuara para que se hiciera cumplir la voluntad testamentaria de crear un museo con los objetos allí guardados y para frenar la venta del artesonado de una de las salas (Almagro-Gorbea y Maier, 2003: 165).

Se consultó a la Comisión de Monumentos (Badajoz), que presidía accidentalmente el pintor Adelardo Covarsí. Se acordó por unanimidad el 8 de abril de 1929 que no se tenía competencia en la parte jurídica (hacía más de 15 años que testó la Marquesa) y la venta de obras artísticas era asunto particular (RAH, CABA/9/7945/55). Dio traslado del acuerdo a las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, que nada resolvieron. Es curioso que años después Covarsí critique a los vecinos de Almendralejo por consentir que se deshiciera de forma infame el Museo, con pérdida de «lo que encerraba de la época romántica» (Covarsí, 1934: 7; ver Marín, *op. cit.*: 371-372, nota 47).

En 1939 Larios vendió el palacio a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, grupo con el que –como mínimo desde 1937– mantenía excelente trato. Tras la Guerra Civil el palacio albergó a la Falange, por lo menos hasta 1951 (Marín, *op. cit.*: 373-374), luego a la Secretaría General del Movimiento hasta 1971 y así pasó a manos del Estado. Mediante permuta, el Ayuntamiento de Almendralejo logró la casa de los marqueses en septiembre de 1973.

1.2. Destino de las colecciones

Después de morir el Marqués, las noticias sobre las piezas artístico-arqueológicas que poseía son pocas, parciales, confusas y a veces hasta contradictorias, tanto sobre su naturaleza y valor como sobre fechas y compradores (Marín, *op. cit.*: nota 48). Se sabe que entre 1930 y 1931 Larios, el nuevo propietario, vendió al librero barcelonés Rafael Casulleras parte de lo que quedaba dentro de la mansión, incluidas las colecciones del Marqués.

Este anticuario y editor –que si acaso hizo inventario de lo que compró nunca lo dio a conocer– se fue deshaciendo de ello en pausadas ventas a coleccionistas (Marín, *op. cit.*: 365, nota 29). Continuaban las ventas en 1946, cuando subastó objetos y manuscritos –procedentes del palacio– que pasaron a formar parte de la Abadía de Montserrat (Barcelona); documentos, muchos de ellos originales, de la historia de España de los siglos XVI, XVII y XIX (Olivar, 1977).

El manuscrito de 800 páginas que el Marqués había copiado de la «Vida y obras de la venerable María del Niño Jesús Meneses», según un ejemplar del archivo del monasterio de Guadalupe (Mallon, y Marín, *op. cit.*: XV), se vendió al político extremeño afincado en Madrid José Rosado y Gil († 1954), informante de Tomás Marín a quien aseguró que había visto en el palacio «azulejos, columnas, estatuas, inscripciones, mosaicos, cerámica» y otras cosas antiguas (Marín, *op. cit.*: 360, 370 y nota 16).

Esculturas y obras arquitectónicas que eran de Monsalud tuvo el librero barcelonés Jaume Rosquellas i Alessan (1897-1978). En los años cuarenta estaban en Sant Feliu de Codines (Barcelona) al lado de la granja avícola «Fi-Vallès» –hoy vacía– en la masía de *Can Bosch de Rufets* (Marín, *op. cit.*: 374, nota 52, lám. 21), que el arquitecto modernista Joan Rubió i Bellver rehízo tras la compra de Francesc Trinxet en 1920. Por los daños sufridos en la Guerra Civil la repararon sus hijos en 1940, comprando a Rosquellas en 1942 dieciséis columnas romanas de mármol, capiteles, basas y otras obras que ahora se ven en jardines y salones del restaurante en que se ha convertido la masía.

Casulleras vendió también alhajas y objetos de metal propiedad del Marqués a Damián Mateu y Bisa (1863-1935), político monárquico regionalista, industrial barcelonés y coleccionista de artes plásticas y objetos arqueológicos. Según su hijo, Miguel Mateu y Pla (1898-1972), alcalde de Barcelona (1939-1945) y embajador en Francia (1945-1947), las joyas adquiridas por su padre se perdieron durante la Guerra Civil (Marín, *op. cit.*: 374). Igual suerte debió de correr el altar y retablo barroco de la capilla del palacio adquiridos por Pedro Granda Calderón de Robles, conde de Campos de Orellana. Los colocó en su casa señorial de Don Benito (Marín, *op. cit.*: 375), en el local que ocupa ahora el Museo Etnográfico de la ciudad.

En Almendralejo quedó otro conjunto –muy limitado– de lo que conservaba la mansión. En 1951 se citan pilastras, columnas, cimacios, cornisas, basas, capiteles, relieves, azulejos, arcadas e inscripciones que estaban *in situ* embebidas en las construcciones del palacio (Marín, *op. cit.*: 368, 375). Después de su restauración, que inició la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura en 1983, el inmueble se convirtió en sede permanente del Ayuntamiento en 1994 y la colección restante, formada por ochenta y dos piezas arqueológicas (sobre todo romanas y visigodas), después de algún peregrinaje, está instalada en el convento de San Antonio de este municipio pacense.

1.3. Adquisición e ingreso en el MAN

De aquellas colecciones acopiadas en Almendralejo, la Administración del Estado solo salvó unas pocas piezas, en su mayor parte romanas y visigodas, ingresadas en el MAN mediante compra a Casulleras (Real Orden del 29 de octubre de 1930). Actor principal e intermediario fue José Ramón Mérida (1856-1933), ex-director del MAN, vinculado con Mérida, ciudad en la que había descubierto su famoso teatro romano (Casado, 2006).

Mérida, que se acababa de jubilar en enero de 1930, se dirigió a su sucesor, Francisco Álvarez-Ossorio y Farfán de los Godos (1868-1953), que importunó al director general de Bellas Artes Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1960) para que gestionara la compra, momento que debió aprovechar el conocido historiador del arte para adquirir de Casulleras algunas inscripciones de Monsalud.

Dio cuenta de las antigüedades incorporadas al Museo Joaquín M.^a de Navascués y de Juan (1900-1975), entonces recién ingresado como conservador en el MAN, institución que llegaría a dirigir (1952-1967). En once páginas, comenta los epígrafes más interesantes y destaca las esculturas y otros elementos arquitectónicos de las épocas romana y visigoda: estatuas, capiteles, fustes de columna, pilastras, losas decorativas, pedestales, fragmentos de mosaico, urnas cinerarias y otras de las que la mayor parte procedía probablemente o con seguridad de Mérida (Navascués, 1931).

Hay divergencia entre quienes han tratado esta colección sobre el total de piezas llegadas al MAN. Navascués describe 143; quizá por eso muchos repiten la cifra y alguno por aproximación la reduce a unas 140. Para Marín el numeroso grupo de objetos de la colección Monsalud adquirido por el MAN se conservaba casi íntegro, «a excepción de algunas cosas perdidas durante la última guerra», señalando que eran 143 piezas entre las que había más de sesenta inscripciones (Marín, *op. cit.*: 375).

En el estudio de la escultura romana de la colección de Almendralejo conocida por «Diana cazadora» se asegura que llegó a Madrid en 1930 con otros 150 elementos. Esta cifra se basa en la consulta de los expedientes n.ºs 1930/57 y 1930/95 del archivo del MAN, los cuales guardan copia de documentos sobre la adquisición. Uno de ellos tiene un listado escrito a máquina de 145 piezas, con añadido a lápiz de otras cinco, siendo la n.º 147 la escultura antes citada de «Diana», identificada con «Ascanio» (Trillmich, 1992: 25 a-26 b).

Como señala Alejandro Marcos «las antigüedades (y artesanado) que había reunido el erudito marqués de Monsalud en su palacio de Almendralejo» son uno de los ingresos más notables de 1930 en el MAN (Marcos, 1993: 84 b). El artesanado que cita el docto conservador estaba en el salón principal del palacio (12 × 6 m). Se ofreció en venta en 1933, lo adquirió el Estado en 1934 (*Gaceta de Madrid*, n.º 199: 625, 18-07-1934) y se colocó en la instalación de las Salas Nobles del Museo.

Se trata del artesanado mayor del palacio del Almendralejo. Otro de madera de pino policromada y menor tamaño (6 × 5 m) ingresó en esa época en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid. Tienen ambos características similares: iconografía y algo del gusto barroco portugués (Lavado, 2006: 153). Casulleras compró a Mariano Larios (quizá junto con los de los salones) el artesanado de cedro del salón-oratorio.

2. Monsalud y la epigrafía árabe

Las antigüedades acopiadas por Monsalud se suelen dividir en prerromanas, romanas, romano-cristianas y visigodas, si bien entre las ingresadas en el MAN Navascués distinguió sólo prehistóricas, romanas y visigodas (Navascués, *op. cit.*; Marín, *op. cit.*).

No consta que Solano tuviera interés particular por la época andalusí ni por lo árabe. Al redactar en 1898 un informe sobre inscripciones de Mérida, después de desear que la ciudad se alce de la postración en que la hundieron los musulmanes, describe su alcázar «cuajado de venerandos restos escultóricos y epigráficos de las épocas romana y visigótica, y ocultando no pocos de la sarracénica»; propone que lo rehabilite alguna institución extremeña y así «otras naciones» acudirán a visitarlo (Monsalud, 1898: 5-6).

El Marqués detalla, con precisión minuciosa, la localización de numerosas piezas que formaban parte de los muros de este alcázar. Dice de una, por ejemplo: «Se halla en la fachada exterior de la muralla del Conventual, antigua residencia de los Maestros de Santiago, á mano derecha de la puerta de entrada de la huerta, en la décima hilada de sillares»; y otra lápida estudiada en el mismo trabajo «hállase, próximo al anterior, asimismo á la derecha mano según se entra en la dicha huerta del *Conventual*, en la décima segunda hilada de sillares contando desde el suelo» (Monsalud, 1900a: 6-7).

De todas las piezas que atesoró, las inscripciones latinas de tiempos romano y visigótico son las mejor conocidas, ya que los epígrafes latinos estaban entre las aficiones que más cariño le despertaron. Animado quizá por el reconocido epigrafista y secretario perpetuo de la Academia de la Historia Fidel Fita, fue editando lápidas extremeñas que adquiría o conocía. Sus estudios, que en número significativo para la época publica desde 1897 hasta 1908, salen firmados con su título nobiliario «el Marqués de Monsalud». Fueron acogidos con cierta regularidad en el *Boletín* de la RAH y la *Revista de Extremadura*, además de otras revistas nacionales y extranjeras (Mallon, y Marín, *op. cit.*: XII).

Aunque una parte de las inscripciones pasó al MAN en 1930, Manuel Gómez-Moreno adquirió algunos epígrafes, como la famosa teja de Villafranca de los Barros que el Marqués, al final del siglo XIX, hallara en esta población próxima a Almendralejo y que el conocido historiador del arte donó graciosamente al MAN en 1954 (Navascués, 1958: 54).

2.1. Inscripción fundacional (Mérida)

Hasta ahora sólo se sabe de una inscripción árabe que llamara la atención de Solano. Es probable que el motivo de su interés, además de por ser un epígrafe fundacional, tenga que ver con que la piedra usada hubiera sido trabajada antes por los romanos. En 1901 halló la pieza en el alcázar de Mérida Eduardo Hernández-Pacheco y Estevan (1872-1965), que ocupaba entonces la cátedra de Geología del Instituto de Secundaria en Córdoba (1899-1910). Este paleontólogo, arqueólogo, catedrático en la Universidad Complutense y miembro de la Sociedad de Historia Natural, de la que fue presidente, envió un dibujo y solicitud de un informe a la RAH.

Como el dibujo no salió bien, se le solicitó un calco. Hernández-Pacheco remitió el 2 de febrero de 1902 al director, Cesáreo Fernández Duro, otra carta. Su contenido –inédito– es de interés para la discusión que ha suscitado no tanto el lugar exacto en que apareció el sillar, sino si hubo tres lápidas conmemorativas de las obras de la alcazaba. Un facsímil del original de esta carta ha sido reproducido (Martínez, 2007: 76). Don Eduardo dice que encontró la inscripción «el verano pasado [1901] en el antiguo alcázar de Mérida», añade que ha vuelto para obtener un calco pero no pudo porque llovía y «aún pude, dado lo bien conservado de la inscripción, sacar la adjunta copia, que quizás ya pueda descifrar el Sr. Codera ó quien de Vd. le diga» (RAH, CPMBA/9/7983/83).

Respecto al hallazgo, anuncia que tratará de comprar la piedra cuando regrese en verano porque «nadie habrá hecho caso de la lápida y ésta continuará para entonces en el mismo sitio donde la vi por primera vez, recién sacada, juntamente con gran número de sillares, de un macizado, construido indudablemente al hacer el convento que estaba situado en la plazuela del Rastro, formando parte de lo que se llama hoy el Conventual ó sea el

alcázar, cuyos restos aprovecharían». La inscripción –dice– «está en un bloque paralelepípedo de mármol blanco sacárido». Después de diseñar un sencillo esquema con las medidas (0,41 × 1,20 m), Hernández-Pacheco concluye con noticia de otra excavación de época romana en el lugar llamado Las Torrecillas, cerca de Alcuéscar (Cáceres) de donde era originaria su familia¹.

La RAH encargó a Francisco Codera que redactara el informe sobre el epígrafe de Mérida. Tras una somera descripción, pues el arabista y coleccionista de monedas sólo conoció la pieza a través del dibujo a lápiz y un calco que remitió Hernández-Pacheco, edita sus siete líneas de escritura cúfica, traduce, y advierte que «casi toda la inscripción (cinco líneas y media) está publicada con ligeras variantes por los Sres. Conde y D. Rodrigo Amador de los Ríos», porque es igual a otra del Museo de Mérida; es decir, relacionó la recién descubierta con otra hallada sobre la puerta de acceso al alcázar por el sector oeste, también fundacional y conocida desde el siglo XVIII (Codera, 1902: 139; Barceló, 2004: 59-64; Martínez, *op. cit.*: 76-77, expediente 16/1-3).

La información que facilita Hernández-Pacheco desmiente que la lápida que viera en la fortaleza estuviera en el interior del recinto, como se ha sostenido, y remite otra vez a la hipótesis que expresara el experto epigrafista Manuel Ocaña cuando estudió la otra –la que celebra en cinco líneas la construcción del alcázar– que es «la única inscripción conservada hoy de las tres que, al parecer, conmemoraban la construcción de la alcazaba de Mérida por ‘Abd al-Raḥmān II» (Ocaña, 1970: 23). El maestro se refería así a la que campeó a poniente sobre la puerta principal del magno recinto murado; a otra, situada en un torreón de la zona este y a la descubierta por Hernández-Pacheco al norte, en el convento sito en la plaza del Rastro, hoy sede del Gobierno extremeño.

Esta última, con siete líneas en árabe, es el único ejemplar con estas características de la Colección Monsalud dado a conocer. Su epígrafe conmemora la obra que ordenó hacer en la alcazaba de Mérida el emir ‘Abd al-Raḥmān II. La vinculación de esta pieza con el marqués de Monsalud se recoge de manera indirecta en una carta enviada a la RAH (septiembre de 1902) en la que Hernández-Pacheco plantea la posibilidad de que algún académico viaje a Mérida para hacerle una fotografía y apunta que podría ser, por ejemplo, el Marqués, pues el catedrático de Córdoba dice tener noticia de su residencia en Extremadura (Martínez, *op. cit.*: 77, expediente 16/3.2).

Conviene recordar que Solano estaba en Mérida en 1900 inspeccionando los muros exteriores de la alcazaba donde localiza tres o cuatro epígrafes latinos y «á la derecha mano según se entra» en la huerta del Conventual, en la hilada 11 contando desde el suelo descubre «una cruz visigótica, colocada allí al acaso, como los anteriores restos, probablemente por los constructores árabes que aprovecharon los materiales que de las anteriores épocas hubieron á la mano» y apostilla que colocaron la cruz «tendida acaso desconociendo su significado, ó más bien para dar muestra de irreverencia por el signo sagrado de nuestra Redención» (Monsalud, 1900a: 6).

¹ Publicó una nota Joaquín Santos y Ecay, presidente de la Comisión de Monumentos (SANTOS, 1900). Más tarde el primer director del Museo de Cáceres publicó el resultado de las excavaciones (SANGUINO, 1911).

El epígrafe adquirido por Monsalud se ha venido considerando en paradero desconocido hasta los años ochenta en que se publicó el catálogo de la colección municipal de Almendralejo (Blasco, 1989). Barceló ha completado la lectura y ha realizado un detallado estudio sobre la inscripción y su contexto histórico y epigráfico; ello le ha permitido proponer su posible datación entre los años 848 y 852, ya que la inscripción carece de fecha expresa (Barceló, *op. cit.*: 72-73). A pesar de haber sido reeditado este mismo texto (Martínez, *op. cit.*), el epígrafe apenas se cita en estudios recientes.

La leyenda está grabada en relieve sobre una piedra de mármol blanco (60 × 162 × 41 cm), al parecer un sillar romano reutilizado que formaría parte –sin duda– de un arquivado o dintel. La caja de escritura, un poco descentrada, tiene siete líneas de escritura cúfica (caja 37,5 × 93 cm); a modo de marco dejaron en los laterales del frente una banda (izquierda 16,5-17; derecha 18-19 cm), con otras dos muy estrechas –como filetes– arriba (3 cm) y abajo (2 cm). El fondo sobre el que destacan las letras fue desbastado con puntero; una buena parte del lateral izquierdo tiene una especie de relabra con bujarda, hecha –al parecer– con intención de volver a reutilizar la piedra (Barceló, *op. cit.*: 64).

Ante los datos de Hernández-Pacheco puede afirmarse que antes del siglo xvii la lápida se reutilizó en la parte nororiental del recinto, ya que la que se conservaba en la puerta de acceso a la villa desde el puente sobre el Guadiana se localiza en el sector oeste. Es evidente que la tercera lápida (hoy perdida) estuvo en la desaparecida torre al este del recinto del alcázar. De ambas secciones (este y oeste) habla Moreno de Vargas en 1633 al destacar en la alcazaba el epígrafe «sobre la puerta de la Villeta, que es la segunda entrando por la del puente», y la presencia de otro «en una torre de la parte del Oriente» (Moreno de Vargas, 1633: Libro 4, cap. 8 [1992: 354]; Barceló, *op. cit.*: 60 y 63).

2.2. Ara con epígrafe árabe (Mérida)

El Departamento de Antigüedades Medievales del MAN conserva el negativo de una fotografía antigua (MAN, FD/N/00986; 4699/3; Diap. 5464). Según reza la ficha en la Red Digital de Colecciones de Museos de España CER.ES del Ministerio de Cultura, el negativo reproduce una «Inscripción en árabe. Arte árabe. Procedencia: Monsalud 146. N.º Inventario: 65007. Sección 2ª. Sala XI inv. 41». En CER.ES el viejo cliché mostraba el texto invertido; tal y como se observa a primera vista es imposible leer el epígrafe (fig. 1).

En el apunte del contenido que acompaña la indicación de procedencia dice «Monsalud 146», que es la cifra que le asigna una relación mecanografiada de las ciento cincuenta piezas de la colección del Marqués que adquirió el Estado. La relación en la que consta el número 146 se halla en el expediente 1930/95², registro utilizado por Trillmich y en el que lleva el n.º 147 la escultura de Ascanio (Trillmich, *op. cit.*: 26).

Para realizar la talla árabe se usó un ara sepulcral romana que se considera hallada en Mérida o en sus alrededores. El ara conserva la cornisa y la base. En alguno de sus muchos

² Agradezco a Isabel Arias Sánchez, técnico del Departamento de Antigüedades Medievales del MAN, información sobre la pieza y la facilidad para su consulta. Agradezco igualmente a mi colega Ana Labarta, de la Universidad de Valencia, que me cediera fotografía de la pieza.



Fig. 1. Ara fotografiada entre 1930-1950 (MAN. N.º Inv. FD/N/986).



Fig. 2. Restos de epigrafía árabe en los costados del neto del ara. Lateral derecho (izquierda). Lateral izquierdo (derecha) (MAN. N.º. Inv. FM 65007).

traslados la pieza ha sufrido un fuerte golpe que ha fracturado el lado izquierdo del coronamiento, con pérdida del ángulo frontal izquierdo que afecta a la cornisa. El coronamiento y el zócalo tienen molduras sobresalientes por todos los lados.

La cornisa tiene *focus* circular de unos 30 cm de diámetro, con orificio circular en el fondo y punto de salida en la cara posterior. Los *pulvini* estuvieron decorados en sus dos frentes con una flor de cuatro pétalos que ahora sólo conserva completa el *pulvinus* derecho de la parte posterior. Debajo ofrece filete, *cyma inversa*, filete, *cyma inversa*.

La cara trasera del neto está alisada y las laterales se reutilizaron para grabar en relieve sendos textos árabes de estilo cúfico, actualmente ilegibles porque en algún momento fueron repicados para borrarlos; el lateral derecho sólo conserva restos de letras que se aprecian en seis líneas de escritura que ocupaban toda la superficie (fig. 2); en la cara del lateral izquierdo se advierten hasta cinco líneas que ocupan sólo un tercio de la anchura del pedestal (fig. 2). Debajo del neto, filete, *cyma inversa* y zócalo.

El campo epigráfico latino parece que se encontraba rebajado con respecto al resto de la superficie y delimitado por algún tipo de moldura de la que apenas queda señal, ya que el frente se borró para tallar otro texto. Tanto el lateral derecho como el izquierdo conservan en la zona más cercana a la cornisa un resto del rebaje primitivo, aunque ambas caras se repicaron bien tal vez con intención de hacer desaparecer alguna imagen y adaptarlas a su posterior uso.

El material en el que se trabajó la inscripción que nos interesa es un mármol blanco de pátina amarillenta, característica que permite identificar la piedra con algún bloque traído en época romana probablemente desde Estremoz (Portugal), como el usado en el circo de Mérida. Las dimensiones máximas de la pieza son: altura 58 × anchura 46 × grosor 37,5 cm. El tipo de monumento permitiría datar el ara en el siglo II o principios del siglo III d. C.

No consta en la ficha del MAN dónde se halló, aunque todo apunta a Mérida. Para poder determinar algo mejor este dato hay que acudir a las publicaciones del Marqués, que nada menciona al respecto. Por eso hay que apelar a que por azar se conserve algún dato en la correspondencia mantenida entre el Marqués y Fita. En 1915, al fallecer el erudito epigrafista, la Compañía de Jesús donó a la RAH los documentos que había dejado. De las epístolas que redactó el jesuita o le enviaron otros estudiosos, la RAH sólo guarda cuatro remitidas por Monsalud en 1896, pero se conservan 71 en el Archivo Histórico de la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús [AHPCCJ], sito en Alcalá de Henares (Abascal, 1999: 71) y disponibles en el portal www.cervantesvirtual.

En una de las cartas de Solano, pocos meses antes de leer su discurso de recepción en la Academia, anuncia a Fita el envío del calco de una inscripción hebrea. Está datada el 22 de abril de 1900 en Almendralejo; dice que hace pocos días que la ha descubierto y la ha podido recoger en Mérida. En esa misma carta alude a una lápida romana de Sevilla que el mismo Marqués publicó ese año en el *Boletín* de la Academia (Monsalud, 1900b: 520; García, 1997: n.º 48).

Refiriéndose a la inscripción hebrea, indica que el epígrafe se encuentra en el neto (fig. 3), describe la pieza y proporciona los siguientes datos:

«Ara romana de bonita labor que sin duda picaron para grabar el nuevo epígrafe. El título romano que ostentara fue sin duda sepulcral pues las caras laterales aparecen también picadas, indudablemente para borrar los emblemas paganos del jarro y la pátera. El monumento se encontraba en la iglesia de Santa María apareciéndose me amontonado con otras piedras, restos de una obra há poco llevada á cabo. Mármol blanco: altura total: 0,57; anchura en la base y en el coronamiento 0,45 - anchura del neto 0,30; alto del mismo 0,26. En Mérida no conocíamos más lápida hebrea que la de Simeón.» (Ver Apéndice A).

Es imposible poder determinar el lugar originario de la pieza, ya que se reutilizó en la obra de la concatedral pacense de Santa María y se desconoce dónde estuvo el cementerio judío de la ciudad. Por otro lado, al estudiar los epígrafes en hebreo de los que se tenía noticia en el Gabinete de Antigüedades de la RAH afirma Casanovas: «no se conoce actualmente ninguna inscripción hebrea de Mérida» (Casanovas, 2005: 39, n.º 5), y ni siquiera cita la de Simeón.

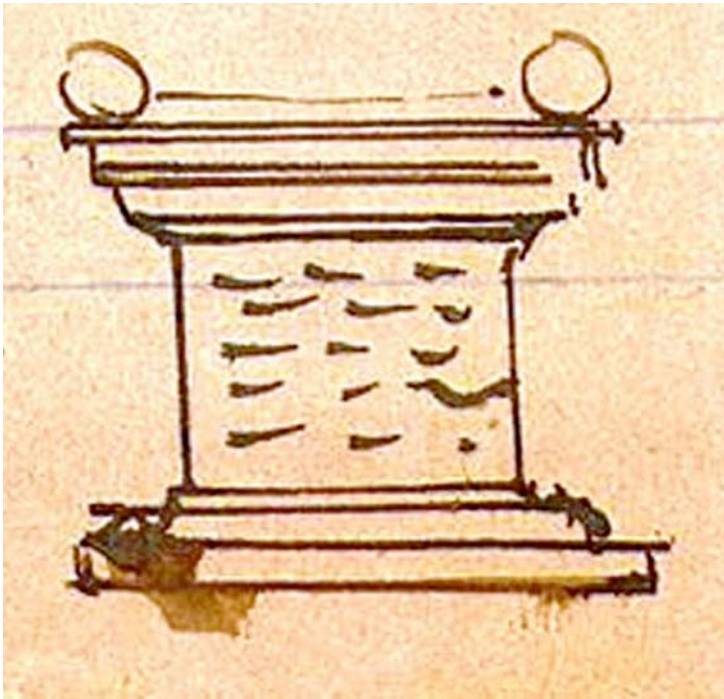


Fig. 3. Diseño del ara del marqués de Monsalud, 1900 (AHPCCJ, Fondo Fidel Fita, Cartas de Monsalud 14).

Sin embargo al aludir a esta «lápida» de Simeón no se refería el Marqués a una inscripción en caracteres hebreos sino a un fragmento que poseía Juan Fernández de otra en latín datada en el siglo IV y varias veces estudiada, entre otros por Hübner y Fita, Navascués y Marcos Pous, que tuvo la fortuna de hallar la parte que completa la lápida y así pudo dar su lectura íntegra (García, 1997: 87-88 y 98, notas 46 y 47).

En lugar de buscar un ara con inscripción en hebreo, conviene pensar que su epígrafe estaba en árabe. Así lo hizo en un primer momento Solano al afirmar en su carta: «se veía como signos alargados que primero pensé si serían árabes». Es posible que Fita pasara la pieza a los arabistas de la Academia para su informe, pero tal vez todos desistieran por mostrar los caracteres de la inscripción un desgaste muy importante que dificulta su lectura.

3. El epitafio árabe

No hay duda de que la pieza que consideró hebrea el Marqués es la que posee el MAN con el N.º Inv. 65007. En un listado con objetos de la etapa andalusí del MAN esta lápida figura en el contexto cultural «Taifa» (Franco, 2009: 429). Ignoro la razón de esta cronología, pues no me consta que la pieza haya sido publicada.

El fuste del ara donde figuró la inscripción latina sirve de campo central al epígrafe árabe, grabado en estilo cúfico. Señala el Marqués que «la piedra hallábase cubierta por numerosas capas de blanqueo y pintura que difícilmente se podía sospechar una inscripción en ella». Deduzco que en algún momento, en Mérida o Almendralejo, se intentó quitar esa cubierta usando algún tipo de rascador o puntero que, si bien sirvió para dejar la inscripción libre de cal, estropeó sin remedio sus grafías. Tampoco es posible adivinar el motivo que llevó a grabar sendos epígrafes en los laterales cuyo texto es imposible determinar.

El epígrafe, que está completo, ofrece ahora ocho líneas de escritura en relieve en un campo cuadrado de unos 24 cm de altura x unos 28 de anchura. Se dejaron espacios vacíos a los dos lados de las líneas 2, 3 y 6 cuya causa hay que achacar al deseo del artesano de que las líneas 1, 3 y 5 acabaran en *alif* pues en las líneas 1 a 6 grabó tres versos y relegó el epitafio propiamente dicho a las dos últimas (fig. 4).

Entorpecen la lectura varios factores: deterioro de los signos durante la limpieza de la cal; igualdad dada por el calígrafo a los signos 2, 4, 5, 14 y 16, aislados y finales; y ausencia en el texto grabado de la esperable *basmala* inicial y del protocolo seguido por los epitafios de Al-Andalus (Barceló, 1990). Por todo ello edito con muchas reservas lo que considero un



Fig. 3. Inscripción árabe sobre un ara romana de Mérida (MAN. N.º Inv. FM 65007) Foto: A. Labarta.

breve poema en metro clásico *basīt*, cuya rima *-ru* se halla en las líneas 2, 4 y 6 (fig. 5)³. Propongo interpretar la inscripción mortuoria como sigue:

يا نفس ليس بدرّ القانت الحزن * فاليوم جاء | وأمر حظه القدر* |
 وكنت ترجع من صادر حاصله * نبّنا | ودودا وحسن الوجه منعفر* |
 هاذا قضاء من الرحمن قدره * وكلّنا | لقضا أ الله منتظر* |
 هاذا قبر رقيح القاضي ابن عمرو توفيت |
 رحمها الله في محرم ثمانية وسبعين وخمس | مائة⁴ .

El texto así interpretado consiente esta traducción:

«¡Alma! No es el estado natural del devoto la tristeza. * El día ha venido / con una orden que trazó el Destino. * / Volvías a alguien cuyo resultado produce * plantas y / gusanos y cuyo bello rostro está cubierto de polvo. * / Éste es un precepto que decretó el Clemente * y cada uno de nosotros el decreto de Dios está esperando * [metro *basīt*, rima *-ru*] /

³ Uso el asterisco para marcar el final del hemistiquio y del verso.

⁴ Escrita en la interlínea, sobre la última voz.

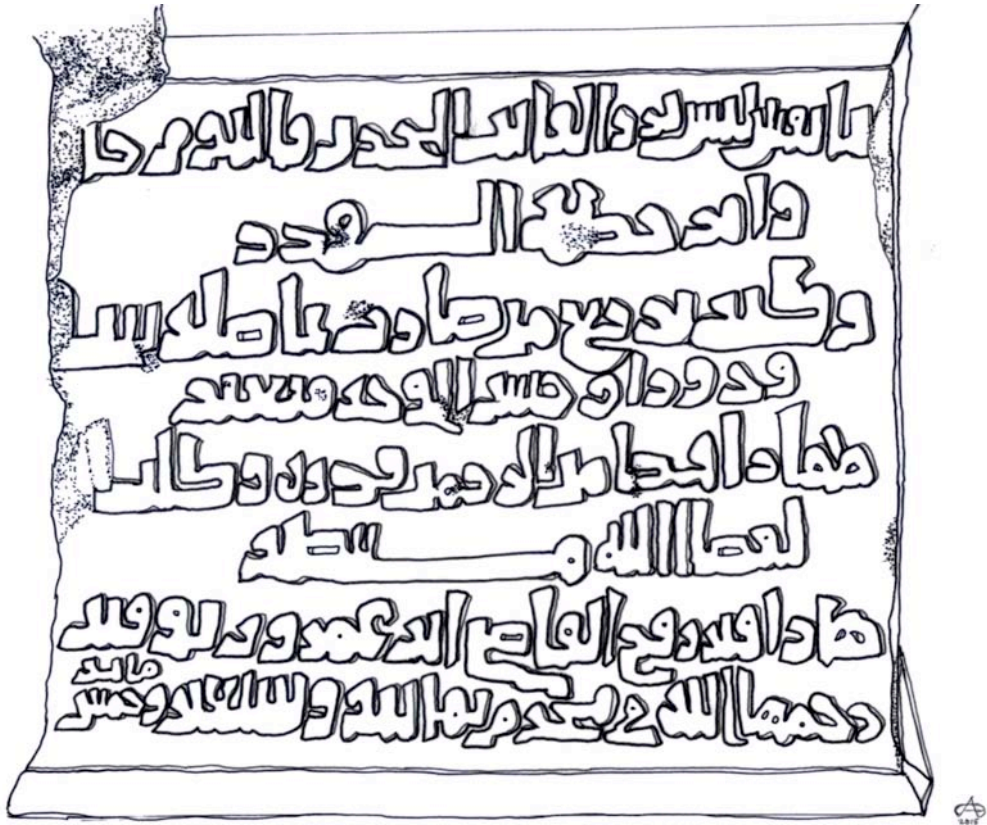


Fig. 5. Epígrafe árabe en un ara romana (Dibujo del autor).

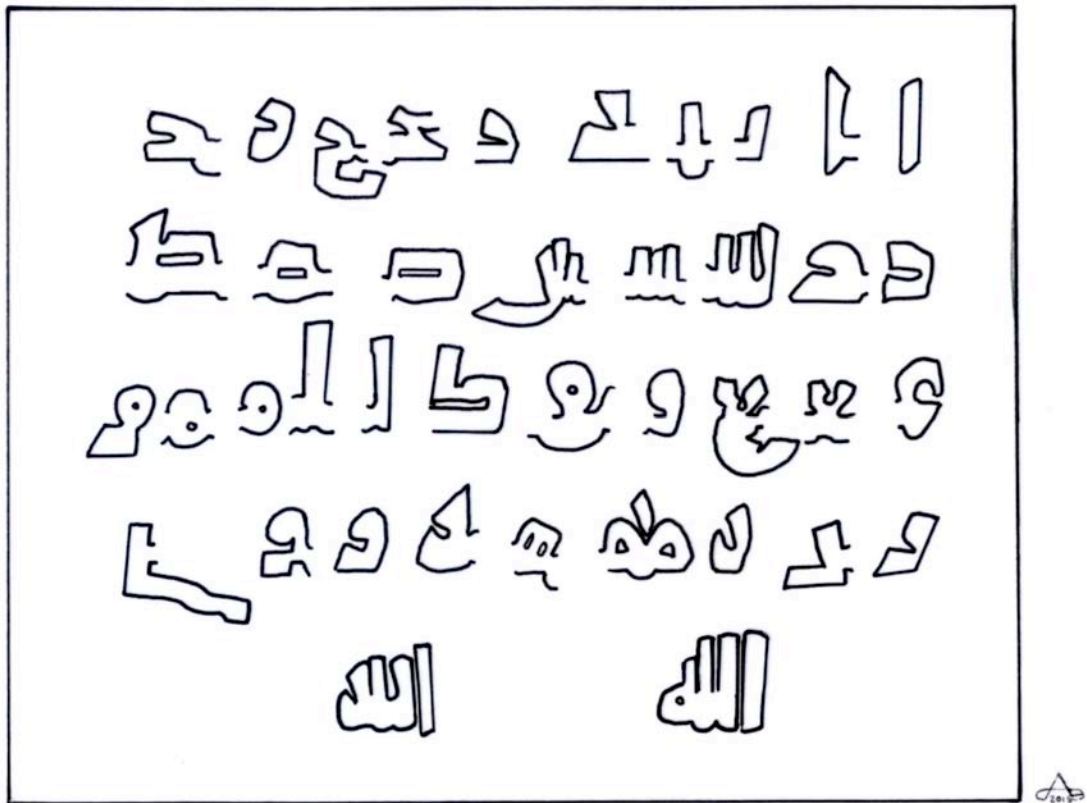


Fig. 6. Alfabeto del epitafio de 578 H. / 1182 (Dibujo del autor).

Ésta es la tumba de Raqaḥ del Qāḍī Ibn ‘Amrūn. Murió / –¡Dios tenga piedad de ella!– en [el mes de] *muḥarram* de quinientos setenta y ocho» [1182 d. C.].

3.1. El epitafio: texto y contexto

A tenor de la lectura del epígrafe la defunción tuvo lugar en época almohade, cuando este imperio llevaba cerca de media centuria administrando las tierras de al-Andalus. Sin embargo son pocos los estudios sobre los textos del medio centenar de inscripciones funerarias conservadas del período de cien años, más o menos, en que sus gobernantes divulgaron credo y devociones entre la población musulmana peninsular.

Todavía, durante obras hechas en el Conventual de Mérida para acomodar el edificio a sede de la Junta extremeña, aparecieron en sus muros tres epitafios que conservan la data islámica 590, 611 y 622, o sea 1193, 1214 y 1225 (Pérez, 1992). Se utiliza en el epitafio de estas lápidas extremeñas, y en otras de data similar halladas en Mértola, un protocolo análogo al editado; se observa en ellas la semejanza de su alfabeto cúfico con el empleado en el epígrafe del ara (fig. 6), que denota ya cierta tendencia hacia los caracteres cursivos.

La fecha, escrita en letra más pequeña, invade la interlínea. Esto se debe a la poca pericia del lapicida que calculó mal los espacios y primó la estética poética sobre la claridad del epígrafe⁵. Hasta los almorávides era habitual incluir feria de la semana, día, mes y año (Barceló, 1990: 48), pero en el ara figura mes y año (falta esta voz)⁶ como en otros almohades que datan el óbito sólo con el mes, introducido por la preposición *fī*, y el año.

A partir del siglo XII, tras decir «murió», es de uso casi forzoso la invocación «¡Dios tenga piedad de él!» y viene después de citar nombre, genealogía y títulos del muerto (Barceló, 1990: 48). Aquí se dirige a una mujer cuya onomástica merece comentario. Interpretado Raqaḥ (o Rahaḥ) al-qāḍī Ibn ‘Amrūn, única lectura plausible a mi entender. En el famoso diccionario *Lisān al-‘Arab* de Ibn Manẓūr (1233-1312), RFḤ y RQH son radicales cuyo sentido es dar parabienes «a quien se casa» o «al comerciante que cierra bien un negocio» (cf. *sub voce*). Es probable que se trate aquí del nombre de la esclava o una hija de Ibn ‘Amrūn, juez de Mérida cuya semblanza no he sabido encontrar en los diccionarios biográficos de que dispongo.

En cuanto a la elegía, me ha resultado imposible determinar su autor, a pesar de haber consultado un breve repertorio de elegías en epitafios (Barceló, 2000) y cuantas antologías de poesía árabe medieval, andalusí y oriental he podido examinar.

⁵ Solo erró en añadir un *alif* en línea 6.

⁶ También se omitió la palabra año en una estela de Mértola (Portugal) fechada en 598/1202 (BARCELÓ, 1990: 48).

Apéndice A

Carta del marqués de Monsalud a Fidel Fita⁷. AHPCCJ: www.cervantesvirtual.com

Almendralejo (Badajoz) / 22 Abril 900 /

R. P. Fidel Fita /

Mi respet[ado] y buen amigo: Cuando yá debía / encontrarme en esa hace algunos días me encuen-/tro aún detenido en este país y sin poder hacer plan / de viaje. Acaso tenga hoy que marchar á Cáceres / pues todo hace temer habré de [escrito sobre que] andar en tribuna-/les con uno de esos seres que han venido al mundo / para dar que hacer. Mucho deseo poderme ver / en franquía cuanto antes para salir camino de / Madrid. /

Anteayer le envié calco de una inscripción he-/brea que descubrí en Mérida hace pocos días y he / podido recoger. Me alegraré me diga si le ha / interesado, que espero será curiosa. Todavía no / he sacado fotografía. Se encuentra en el neto de / una ara romana de bonita labor que sin duda / picaron para grabar el nuevo epígrafe. El / título romano que ostentara fue sin duda sepul-/cral pues las caras laterales aparecen también / picadas, indudablemente para borrar los emblemas / paganos del jarro y la pátera. El monumento se en-/contraba en la iglesia de Santa Maria apareciéndose-/me amontonado con otras piedras restos de una / obra há poco llevada [escrito sobre he] á cabo. /

Mármol blanco. / [ángulo inferior derecho, dibujo de la Fig. 3] // [v] altura total: 0,57; anchura en la base y en el coronamiento / 0,45 - anchura del neto 0,30; alto del mismo 0,26 / En Mérida no conocíamos mas lápida hebrea que la de Simeón. /

No necesito decir á Ud. que haga el uso de ella que / tenga por conveniente. La piedra hallábase cubierta por / numerosas capas de blanqueo y pintura que difi-/cilmente se podía sospechar una inscripción en ella / Algo se veía como signos alargados que primero / pensé si serian árabes; luego tuve la satisfacción / de verlos hebreos como los había sospechado des-/pués. Ahí tendrá Ud. materia para un bonito / informe. /

Están las inscripciones cada día mas difi-/cultosas [tachado se encuentra] Es bien poco lo que / sale á luz. Parece que se vá agotando el depósito. De Sevilla traje algunos calcos. / Mucho deseo tener el gusto de verle pronto. /

Hay alguna recepción próxima en la Academia? / Sentiré que me quiten la vez. /

Sabe soy siempre suyo afectísi]mo buen amigo / y s[eguro]. s[ervidor]. / q[ue]. b[esa]. s[u]. m[ano]. /

M[arqués]. de Monsalud

⁷ Papel pautado, amarillento; señal de plegado en cuatro; en el ángulo superior izquierdo, escrito a lápiz, el número 14. Con / indico cambio de línea y entre [] completo abreviaturas o tachones.

Bibliografía

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1999): *Fidel Fita (1835-1918): su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Madrid: RAH.
- ALMAGRO-GORBEA, M., y MAIER ALLENDE, J. (Eds.) (2003): *250 años de Arqueología y Patrimonio Histórico. Documentación sobre Arqueología y Patrimonio Histórico de la Real Academia de la Historia: estudio general e índices*. Madrid: RAH.
- BARCELÓ, C. (1990): «Estructura textual de los epitafios andalusíes, siglos IX al XIII», *Homenaje a Manuel Ocaña Jiménez*. Córdoba, pp. 41-54.
- (2000): «Poesía y epigrafía. Epitafios islámicos con elegía, desde Suakin a Almería», *Anaquel de Estudios Árabes*, vol. 11, n.º 1, pp. 123-144.
- (2004): «Las inscripciones omeyas de la alcazaba de Mérida», *Arqueología y Territorio Medievales*, vol. 11, n.º 1, pp. 59-78.
- BLASCO RODRÍGUEZ, F. (1989): *Exposición permanente Monsalud*. Barcelona: Excmo. Ayuntamiento de Almendralejo.
- CALLEJO SERRANO, C. (1970): «Inscripciones del Museo de Cáceres, publicadas por Monsalud y por Mallon y Marín», *Revista de Estudios Extremeños*, vol. XXVI, n.º 4, pp. 421-461.
- CASADO RIGALT, D. (2006): *José Ramón Mélida (1856-1933) y la arqueología española*. Madrid: RAH.
- CASANOVAS MIRÓ, J. (2005): *Epigrafía Hebrea. Catálogo del Gabinete de Antigüedades*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- CODERA, F. (1902): «Inscripción árabe del castillo de Mérida», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XLI, n.ºs I-III, pp. 138-142.
- COVARSÍ YUSTA, A. (1934): «Extremadura artística. Los monumentos histórico-artísticos de la provincia de Badajoz. VI», *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, vol. VIII, n.º 1, pp. 1-11.
- FRANCO MATA, Á. (2009): «Historia de la documentación y catalogación de fondos hispanomusulmanes del Museo Arqueológico Nacional», *Arte y Cultura. Patrimonio Hispanomusulmán en al-Andalus*. Edición de A. Fernández-Puertas y P. Marinetto Sánchez. Granada: Universidad de Granada, pp. 349-429.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1976): «Judíos en la Mérida romana y visigoda», *Revista de Estudios Extremeños*, vol. XXXII, n.º 1, pp. 79-98.
- (1997): *El noble estudioso de Almendralejo: autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita S. J.* Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- LAVADO PARADINAS, P. J. (2006): «Artes decorativas mudéjares en Castilla y León», *Arte mudéjar en Aragón, León, Castilla, Extremadura y Andalucía*. Coordinación M.ª del C. Lacarra Ducay. Zaragoza: Institución «Fernando El Católico», pp. 111-181.
- MALLON, J., y MARÍN, T. (1951): *Las inscripciones publicadas por el marqués de Monsalud 1897-1908. Estudio crítico*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Antonio de Nebrija» de Filología (Scripturae Monumenta et Studia II).
- MARCOS POUS, A. (1993): «Origen y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional», *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional, abril-junio de 1993*. Coordinador A. Marcos Pous. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 21-100.
- MARÍN, T. (1951): «El V marqués de Monsalud y su colección», *Revista de Estudios Extremeños*, vols. I-II, pp. 353-375.
- MARTÍNEZ NÚÑEZ, M.ª A. (2007): *Epigrafía árabe: Catálogo del Gabinete de Antigüedades*. Colaboración de I. Rodríguez Casanova y A. Canto García. Madrid: RAH.
- MONSALUD, MARQUÉS de (1898): «Lápidas inéditas. Mérida. Loarre», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XXXII, n.º 1, pp. 5-9.
- (1900a): «Nuevas inscripciones romanas de Extremadura. Mérida. Ibahernando», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XXXVI, n.º 1, pp. 5-13.

- (1900b): «Nuevas inscripciones cristianas de Extremadura y Andalucía», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XXXVI, n.º 6, pp. 518-520.
- MORENO DE VARGAS, B. (1633): *Historia de la ciudad de Merida, dedicada a la misma por...* Madrid: Vda. de Alonso Martín [reimp. Mérida: Imprenta de Plano y Curchero, 1892; 8.ª reed. Mérida: Patronato de la Biblioteca Pública Municipal y Casa de la Cultura, 1992].
- NAVARRETE MARTÍNEZ, E. (2009): *Inventario de los legajos de las Comisiones Provinciales y de la Comisión Central de Monumentos Histórico-Artísticos*. Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Archivo-Biblioteca.
- NAVASCUÉS Y DE JUAN, J. M.^a de (1931): *Colección de antigüedades que pertenecieron al Sr. Marqués de Monsalud. Nota descriptiva*. Madrid: Tipografía Blass.
- (1958): «La teja de Villafranca de los Barros», *Memorias de los Museos Arqueológicos 1954 (extractos)*, vol. XV, pp. 54-56.
- OCAÑA JIMÉNEZ, M. (1970): *El cúfico hispano y su evolución*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura.
- OLIVAR, A. (1977): *Catàleg dels manuscrits de la Biblioteca del Monestir de Montserrat*. Monestir de Montserrat: Publicacions de l'Abadia de Montserrat (Scripta et documenta 25).
- PÉREZ ÁLVAREZ, M.^a Á. (1992): «Inscripciones hispanoárabes de Mérida y Logrosán», *Anaquel de Estudios Árabes*, vol. 3, pp. 163-169.
- SANGUINO MICHEL, J. (1911): «Antigüedades de Las Torrecillas (Alcuéscar)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. LIX, n.º VI, pp. 439-456.
- SANTOS Y ECAY, J. (1900): «Antigüedades romanas de Alcuéscar», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XXXVI, n.º V, pp. 409-410.
- TRILLMICH, W. (1992): «El niño ascanio («Diana cazadora») de Mérida en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, vol. X, n.ºs 1 y 2, pp. 25-38.